

LÁZARO CÁRDENAS

Frank TANNENBAUM
Columbia University

NO ES POSIBLE ESCRIBIR en esta época una apreciación completamente objetiva y definitiva acerca del papel que Cárdenas ha desempeñado en México. Para un amigo, resulta difícil el intento. El General Cárdenas no gusta de la lisonja. "No es bueno para las figuras políticas que las alaben", dijo una vez, siendo todavía presidente; y no ha dejado de ser figura política a pesar de su deseo de evitar la política después que dejó su cargo.

En una ocasión afirmaba: "El pueblo debe aprender que el Presidente de México puede retirarse. —¿Cómo? —Iré a Jiquilpan y pondré un policía para que meta en la cárcel a todos los amigos que vayan a verme. —¿También a mí me mandará a la cárcel si voy a visitarlo a usted? —Sí, a menos que usted me prometa hablar de los indios del Perú, y no de cuestiones mexicanas."

Este deseo de esquivar la política tras haber concluido su mandato ha sido difícil de satisfacer. "¿Por qué viaja usted tanto, en vez de estarse en su casa de México, D. F.? —Porque mi casa se llenaría de políticos, creándonos al gobierno y a mí una situación embarazosa."

En parte esta huida del público, este esfuerzo por escapar a la publicidad, por mantenerse oculto a la vista, es una timidez natural. Su valentía política y sus actuaciones públicas se las impuso el deber. Prefiere la intimidad de unos pocos amigos personales y la charla acerca del mundo y sus problemas. Por otro lado, este afán por conservarse fuera del alcance de las candilejas es fruto de la sagacidad de un hombre con experiencia ganada en la política mexicana.

El intento de retirarse, de esquivar la conciencia pública, es el deseo de romper con la acrisolada tradición del caudillo. "Este pueblo debe aprender la lección de la legalidad." Para

él, la única manera de enseñar dicha lección fue hacerse inasequible a los que buscan un líder en la oposición contra el gobierno. "Antes apoyaré a un mal gobierno durante su período legal, que a una revolución para establecer un buen gobierno." Así dijo estando aún en la presidencia; y ha cumplido su palabra. Seguramente las elecciones de Ávila Camacho, Miguel Alemán y Ruiz Cortines, no hubieran sido tan pacíficas y relativamente suaves como fueron, si se hubiese sabido que Cárdenas era partidario de una revolución contra el candidato oficialmente propuesto, o —si se prefiere— contra el candidato del partido político oficial.

Lo interesante aquí es que Cárdenas no dirige ningún partido político; no es cabeza del ejército; no se ocupa del mantenimiento de una maquinaria política. Y, sin embargo, su influencia en los asuntos nacionales de México ha sido grande desde que se retiró de su puesto, y a veces decisiva, como ocurrió con la conservación de la paz pública durante el régimen de Alemán.

Políticamente es éste un fenómeno desacostumbrado. Pues su influencia deriva —por así decirlo— del individuo; no es que él la quiera. En este sentido Cárdenas nos recuerda a Ghandi. La comparación puede parecer extraña a los mexicanos que prefieren otros términos y solían gritar "¡Viva el Presidente macho!" cuando viajaba por el país provocando el entusiasmo popular y la excitación pública. Pero el parangón tiene muchas cosas a su favor. Cárdenas es un ser humano complejo y polifacético, entre cuyos rasgos descuellan la sencillez, la amabilidad y los sentimientos compasivos.

Son innumerables los ejemplos que lo demuestran. Sólo puedo mencionar unos pocos. Un día, bajando por la carretera —aún en construcción— que va entre el Popocatepetl y el Ixtaccihuatl, descendió del cielo una de esas lluvias torrenciales que repentinamente suelen producirse en México. El Presidente vio un indio descalzo caminar por la carretera, cubierto con un capote de paja para la lluvia. Detuvo el coche, ordenó a su ayudante que llamara al indio que, empapado, chorreó el automóvil, y lo llevó hasta donde él pensaba ir. Estoy seguro que el sorprendido peatón no supo de quién

era el coche que lo había llevado y, como no hablaba español, sólo pudo expresar su agradecimiento con un gesto.

Todos los que han tenido la oportunidad de recorrer con él el país recordarán la absoluta sencillez y falta total de egoísmo en su devoción por el pueblo; lo habrán visto apoyado en la pared de una construcción a pleno sol, escuchando durante horas a hombres, mujeres y niños que se amontonaban para acercársele y pedirle favores, mientras escribía sus nombres y sus peticiones; después, hasta media noche, ordenaba aquellas notas para que la persona indicada en el gobierno pudiera satisfacer las concesiones que él había otorgado. Yo lo he visto poner en aprietos a un miembro de su gabinete al pedirle, meses después, cuenta de lo que había hecho con dichas órdenes. Su memoria, que se diría infalible, podía resultar embarazosa para un funcionario indolente.

En una ocasión —mucho tiempo después de haberse retirado de la presidencia —descendíamos por las escarpadas montañas de Michoacán hacia donde están situados los Azufres de San Andrés. Son numerosos manantiales sulfúricos de diversos tamaños, colores y temperaturas, que se esparcen por una vasta zona montañosa. Estaba lloviendo mucho y notamos que dos personas cargaban a un anciano por la escabrosa ladera. Lo habían llevado allí para curarlo, por inmersión en el lodo caliente. Su hija, de mediana edad, lo esperaba con una carreta para llevarlo otra vez a su casa. A despecho de la lluvia, el General Cárdenas descendió de su coche, mandó a su asistente que ayudara a bajar la pendiente al anciano inválido y preguntó a la desamparada mujer qué médico tenía, en qué pueblo vivía, cuánto tiempo hacía que su padre estaba enfermo y, tomando nota de todo, le prometió enviarle a su propio médico para que lo viera y tratara de arreglar el ingreso de la infortunada víctima en alguna institución pública donde pudiera recibir los cuidados que necesitaba.

Durante su presidencia se identificó totalmente con el pueblo y viajó por el país de aldea en aldea y de ciudad en ciudad como ningún presidente lo había hecho hasta entonces y sin que le preocupara lo más mínimo el peligro personal.

Habiéndole hecho yo notar una vez que arriesgaba su vida sin necesidad, al olvidarse totalmente de su protección personal, me contestó poéticamente algo que nunca he olvidado: “Es mejor morir haciendo el bien que mantenerse vivo haciendo el mal.”

Bastará un ejemplo más de sus características personales. Parece que no se cansa y que mantiene su actividad desde la madrugada hasta bien avanzada la noche, rodeado incesantemente de gente; su memoria, que jamás lo traiciona, fue siempre cosa digna de observarse con admiración. Un día, en plena excitación y delirio de las multitudes por la expropiación petrolera, visitábamos una ciudad de buen tamaño en Veracruz, donde miles se agolpaban en las calles y enronquecían aclamándolo en su recepción. Ese mismo día, ya bien entrada la tarde, escapamos por la puerta trasera del edificio donde estábamos y fuimos a visitar el hospital local, situado en un antiguo monasterio transformado. Dentro estaba oscuro, pues las ventanas eran estrechas y altas y, además, la hora era ya avanzada. El largo vestíbulo estaba ocupado por los enfermos encamados. Según lo recorriamos, el Presidente se detenía a hablar con cada uno de los pacientes. Al llegar más o menos a la mitad de la sala dijo de pronto a uno que estaba tendido en cama: “¿No te vi entre la multitud cuando llegué esta mañana? Sí, señor Presidente. No estoy tan enfermo que no pueda salir de día un rato. Yo estaba con la muchedumbre que dio a usted la bienvenida a nuestra ciudad. Más tarde, al salir del hospital, dije: Si no lo hubiese visto, no hubiera creído la historia de que usted reconoció con luz mortecina a un paciente que había visto el día en que miles de personas se hacinaban en las calles. —No tiene nada de extraño —me contestó—. Noté entre las turbas a un hombre pálido y pensé que si me pedía ayuda le daría veinte pesos. Pero no me la pidió.” Muchas horas después lo identificó con sus ropas de cama como paciente en un hospital.

Estas anécdotas personales son tan típicas que podría llenarse un libro de ellas pero el propósito de este breve ensayo es evaluar la función de Cárdenas en la historia mexicana. Me limitaré a una reducida parte de las cosas que hizo como

Presidente: la reforma agraria, la expropiación petrolera y su esfuerzo por enseñar al pueblo mexicano que el Presidente puede retirarse.

Hablando en una ocasión de los fundamentos de la política mexicana, el Presidente Cárdenas observó: "Cuando toda la tierra pertenezca a los pueblos, el gobierno también les pertenecerá. Ahora se apoya en el ejército." La reforma agraria estuvo motivada políticamente. El gobierno sólo pertenecerá a los pueblos cuando la tierra sea de éstos. La democracia mexicana no podía llegar a cuajar en realidad hasta que no desapareciera el sistema de la hacienda. La redención económica y social de la población rural se expresaría en la transferencia del poder político a la masa campesina del pueblo. La ejecución de la reforma agraria, tantas veces prometida y tantas otras pospuesta, era, pues, más que una reivindicación de derechos o un acto de justicia social. No era una simple devolución de tierras perdidas. Era una expresión de fe en el campesino y en el indio y en el pueblo rural. El pueblo del campo no solamente gobernaría su propia aldea, al entrar en posesión de su misma tierra, libre del dominio del hacendado, sino que también gobernaría colectivamente a la nación.

Algo hay en Cárdenas del antiguo demócrata jeffersoniano. La gran ciudad no le interesa en realidad. Recuerdo que un día, habiéndole hecho observar que los militares adjuntos a su servicio parecían tener mayor integridad y más exacto sentido de la nación que muchos de sus acompañantes civiles, me contestó: "Es completamente natural. El militar procede del campo, donde todo es sano, mientras que los civiles vienen de la ciudad, en la cual todo está corrompido."

Su ideal era una nación mexicana basada en el gobierno autónomo e independiente de los pueblos, en la cual se asegurara a cada individuo su propio ejido, quedara libre de la explotación y participara activamente en los problemas de su comunidad. Los seis años de su mandato (1934-1940) no bastaron para organizar todos los aspectos de México con arreglo a aquella pauta: para distribuir toda la tierra; para asentar todos los pueblos sobre una base firme; para educar bastantes

líderes; para poder financiar las necesidades de todos los pueblos y de sus habitantes, y para encontrar un número suficiente de colaboradores honestos, capaces, dedicados y altruistas que, como los misioneros de tiempos idos, se entregaran a la tarea de reconstruir México. Fue esto último, la falta de devoción en bastantes dirigentes jóvenes, la carencia de dedicación, el gusano del engrandecimiento de sí mismo y la ambición personal, lo que redujo la eficacia del esfuerzo por rehacer a México en el breve lapso de seis años. Algo hay, sin embargo, que resulta perfectamente claro. México será siempre un país diferente, gracias a aquel heroico esfuerzo.

El sistema de la hacienda ha muerto; jamás revivirá, aunque los ejidos hayan tropezado con un cúmulo de dificultades imprevistas en su camino, y la perspectiva de un gobierno mexicano apoyado en el consentimiento de la masa del pueblo está más cercana hoy que en 1934. Ciertamente la industrialización y el crecimiento económico de México no hubieran sido posibles sin los profundos cambios que en la economía rural produjo el programa agrario de Cárdenas.

Si éste tuvo una motivación política, lo mismo ocurrió con la expropiación del petróleo. La transferencia de los pozos petroleros de manos extranjeras a mexicanas no fue el objetivo primario de la expropiación, sino liberar a México de la amenaza de la interferencia política en el país por parte de las compañías petroleras; Cárdenas se decidió a expropiarlas para impedir "que decidieran quién iba a ser el próximo presidente de México". Sabía por lo menos de un caso en el cual se había ofrecido a Saturnino Cedillo medio millón de dólares para que iniciara una revolución contra su gobierno, y este ofrecimiento no había partido, por cierto, de una compañía americana. Eso ocurrió muy al principio de su administración y antes de que los partidos interesados hubieran hecho creer a Cedillo que llegaría a ser Presidente de México.

Son bien conocidos los detalles de las negociaciones sindicales que culminaron en el decreto de expropiación y, por tanto, no es necesario tratarlos aquí. El reto público de las compañías petroleras a la decisión de la Suprema Corte mexicana creó el problema de la dignidad nacional y la soberanía

política. Cárdenas no tenía casi alternativa. Políticamente, las compañías aludidas habían colocado al gobierno en una postura sumamente difícil, poniéndose fuera del seno de la ley. En esas circunstancias, el decreto expropiatorio fue la reacción lógica del gobierno.

Cualesquiera que hayan sido las consecuencias económicas de la acción emprendida por el Presidente Cárdenas —y ciertamente son discutibles— no pueden ponerse en duda sus resultados políticos y psicológicos. Electrizó y unificó a México como nunca lo había estado, ni siquiera durante la Independencia. Le imbuyó la sensación de haberse liberado él mismo; de haberse dejado de atemorizar por los Estados Unidos. Había alcanzado de golpe la igualdad política con su vecino del norte y la experiencia fue estimulante.

El torrente de energía creadora y de confianza que ha llenado los años posteriores a la expropiación del petróleo ha sido consecuencia directa del despertar espiritual que precipitó. Por primera vez en su historia —al menos desde la Conquista— los mexicanos se miraron a sí mismos y aprobaron lo que vieron. No quisieron ser ya europeos ni norteamericanos. Les bastaba ser lo que eran y empaparse de sus propios valores. En esto se diferencian de los rusos. No desean imitar, rivalizar o superar a los americanos. Vencieron su complejo de inferioridad, cosa que no lograron los rusos. De hecho, ahora pueden estar en perfecta amistad con los Estados Unidos.

Es típico de Cárdenas el que, a través de todas aquellas conmociones, haya sabido conservar la cabeza. No profirió ninguna maldición contra el pueblo americano; no denunció todos los días al gobierno americano; no insultó al Secretario de Estado; no ridiculizó al Presidente de los Estados Unidos. Muy al contrario, siguió siendo amigo de Josephus Daniels y una vez hizo notar: “Tuve mucha suerte en ser presidente de México cuando Roosevelt era presidente de los Estados Unidos.”

Durante el apogeo del nerviosismo diplomático, jamás perdió su sentido de la perspectiva, estuvo totalmente entregado a la defensa del Hemisferio occidental y se preparó para

unirse en la política común contra la amenaza de la agresión alemana.

Su opinión de Roosevelt quedó insinuada en esta observación: "Si dos hombres de buena voluntad se sientan uno al lado del otro, podrán arreglar este problema." Durante todo el período de ebullición, oposición y ataques aparecidos en la prensa americana, y durante el boicot declarado por las compañías petroleras, conservó su ecuanimidad, no hizo amenazas ni adoptó posturas heroicas. La dignidad, la sencillez, la voz tranquila y el gesto amistoso fueron distintivos de su modo de proceder a través de unos tiempos que pudieron haber desembocado en una experiencia enojosa y molesta.

Su afán por enseñar al pueblo de México "que puede ser gobernado sin la violencia" sigue en importancia a su política agraria y petrolera; su esfuerzo por hacerle comprender que la nación mexicana puede ser dirigida sin la Ley Fuga y sin brutalidad. Se empeñó en convertir a la nación al ideal de la legalidad, a la transmisión del poder sin el cuartelazo y hacerse cargo de él sin una revolución.

Hay que recordar siempre que esta insistencia en la transmisión pacífica de la presidencia es —por lo que se refiere a México— una innovación. Si Cárdenas ha conseguido suprimir la revolución como medio normal de transmitir el poder, el servicio que ha prestado a su patria es inmensurable. Mientras la posibilidad de la violencia esté presente en el cambio político, cualquier otra reforma será una simple tentativa y, en resumen, nadie podrá predecir con seguridad el curso de una revolución una vez desencadenada. En estos momentos no es en absoluto cierto que ésta haya realizado su mayor esperanza para el pueblo mexicano.

Su simple presencia ha servido para mantener la paz y hacer posible las elecciones sin demasiada violencia y ciertamente sin revolución, pero ¿que sucederá cuando él abandone la escena? Aquí está, en mi entender, la mayor falla de la Revolución Mexicana. No ha institucionalizado el proceso de transferencia del poder, porque no ha desarrollado un sistema político de partidos que deriven su poder efectivo de los miles

de comunidades que constituyen la nación mexicana. El Partido Revolucionario Institucional, sea lo que sea, no es un partido político. Es un instrumento del gobierno; mejor dicho —acaso— un instrumento del poder ejecutivo. El mismo Cárdenas ha reconocido que, desde hace mucho, México puede tener un sistema efectivo de dos partidos. También ha reconocido que llegó la hora de que el gobierno mexicano intente descentralizar sus poderes y traspasar algunas de sus prerrogativas a los Estados, y esta opinión hace ya por lo menos media docena de años que la sostuvo. Puede resultar imposible convertir en sólo el lapso de una vida a una nación impregnada de una tradición autoritaria y acostumbrada a la violencia como instrumento político, para que acepte en su lugar el proceso menos dramático, pero más pacífico, de la discusión política y la disidencia de partidos. Si efectivamente no es posible, Cárdenas habrá fracasado en su más importante afán.

Un breve ensayo como éste no permite estudiar plenamente ni al hombre ni a su política. Debe, no obstante, mencionarse el apoyo que dio a Abisinia, España y Finlandia, al derecho de la nación pequeña para sobrevivir en este mundo nuestro; su admisión en México de tantos españoles exilados de su patria; su oposición a la Alemania nazi y su apoyo a la política de Roosevelt contra Hitler mucho antes de que nos hubiéramos visto envueltos en la guerra; su apoyo al sindicalismo obrero —aunque yo creo que sin haber entendido completamente la naturaleza de esta institución en el mundo moderno—; su vasto programa de construcción de carreteras y su continuación de la política de irrigación.

Siempre me ha parecido que su principal flaqueza estuvo en la elección de algunos de sus colaboradores civiles. Tenía muchos hombres leales y competentes en torno suyo, pero no todos los que lo rodeaban eran acreedores a estos calificativos. Por último, posiblemente lo más importante fueron su singular paciencia, buen humor y compasión para la humana fragilidad. Gobernó a México por seis años sin matar a nadie, sin llenar las cárceles de presos políticos, sin desterrar a ninguno, sin seguir la política de “liquidación” contra sus

enemigos, sin negar al pueblo su derecho de petición, sin suprimir la libertad de expresión o reunión, sin fanfarronería, sin ademanes rimbombantes o histéricos. Durante los años que estuvo en el poder desapareció, por primera vez, el temor del pueblo mexicano y hasta el más humilde ser humano tuvo acceso al Presidente del país. Quería escuchar con paciencia al más insignificante de sus congéneres y —según decía una vez— aunque careciera de otras cosas, “al menos la paciencia tengo para darles”. Por eso aquéllos siempre lo han amado y seguido.